

# OPINIÓN

## REFLEXIONES DE UN ENSEÑANTE AL HILO DE LA REFORMA QUE VIENE

Siempre ha habido, en cualquier época motivos suficientes para que la enseñanza estuviera en candelero. Ahora, no iba a ser menos. Es un tema que preocupa a la sociedad en general. Es natural que los padres y los profesores nos interese por la educación de nuestros hijos; hay, en el fondo, como un hábito vivificador que nos impulsa a indagar cuáles serían los colegios, las universidades, las formas, los profesores, los ambientes que desarrollan mejor las ideas y comportamientos para que los estudiantes salieran con una preparación adecuada. Hoy día, en los medios de comunicación, escuchamos a personas que responden a preguntas del entrevistador, con tranquilidad, y, al mismo tiempo, con preocupación, que han elegido ese país, esa ciudad para vivir porque hay buenos colegios. Es decir, el desvelo sumo está en la formación de sus hijos. Este es un hecho clarividente en esta sociedad (otra cosa sería si todos pueden elegir esas ciudades o colegios).

Si lo anterior es verdaderamente cierto ¿por qué el tema educativo está en el furgón de cola?, ¿no estamos de acuerdo en que es la mejor inversión que un país puede hacer con sus ciudadanos? Bajando al ruedo de la realidad, en la actualidad, hay como una fiebre de ordenadores. Parece como si el ordenador fuera el maná educativo. Ya la Biblioteca en los centros no interesa —nunca interesó—; ahora parece que un centro es bueno si tiene cuantos más ordenadores mucho mejor. Esta eclosión, desde mi punto de vista, perjudica enormemente a la formación de las personas.

Nadie pone en duda de que el progreso nos llama a la puerta y que el ordenador es una herramienta fundamental, pero no la única, ni la más perfecta. Mientras el hombre exista echará de menos el libro. No olvidemos que en frase pascaliana el hombre es “una caña pensante”. Y ya nuestro Quevedo nos recordaba que “si no siempre entendidos, siempre abiertos (...) al sueño de la vida hablan despiertos”. Es decir, para poder pensar, recapacitar, escribir, hablar, necesita leer, mejor dicho saber leer. En España, es triste decirlo, no podemos formarnos como debiéramos porque los colegios, los institutos (de las Universidades y Escuelas Universitarias mejor no hablar) adolecen de lo imprescindible para cimentar unas buenas bases de aprendizaje. Y no es cuestión de dinero. Es cuestión de imaginación y prioridades. En una palabra, el dinero no siempre se gasta bien. ¿Cuándo, de una vez, vamos a dejar las disensiones que nos separan en el orden social, y nos ponemos a reflexionar, a aunar esfuerzos? ¿Cuándo llegará el día en que los guardianes de la educación se acuerden de los centros de E. G. B. y B. U. P.? ¿Tan difícil es dotarlos de material suficiente? El profesor necesita aprender todos los días, pero en su trabajo diario; pero, cómo va aprender y, por lo tanto, enseñar si sólo cuenta con una tiza en clase? ¿De qué sirve que haya adaptación del profesorado, si después nos dirigimos a nuestros centros y nos encontramos con el páramo más absoluto?

La reforma que viene se espera como agua de mayo. Mas, si después sólo se queda en revocar la fachada, no habremos conseguido nada. La formación del profesorado tiene que partir, necesariamente, del mismo centro. Somos todos los que tenemos que cambiar. Pero, el cambio nunca se podrá realizar si seguimos pensando que el profesor tiene que estar en el centro de trabajo malgastando el tiempo. El profesor tiene que ser. Los docentes estaríamos muy a gusto si tuviéramos lugares y material para trabajar. Sin materiales didácticos y sitios donde estar no podrá llevarse a cabo la auténtica renovación educativa. La sujeción de un docente para no hacer nada es contraproducente. La cultura exige libertad y, por tanto, es el profesor el que tiene que decidir si su presencia en el centro es apropiada. La formación la tiene que buscar día a día, y, por consiguiente, cuantas menos trabas se le pongan mucho mejor. La creatividad no se improvisa. El tiempo y el espacio son factores que coadyuvan a esa capacidad intelectual que todo docente debe tener y desarrollar. ¿Qué triste sería que nos viésemos avocados a ser meros ejecutores de órdenes y contraórdenes! La realidad, entonces, nos envolvería en un marasmo confuso y aterrador. Si la comunicación no existiera, la vida sería absurda para nuestra propia formación y, como consecuencia, para los demás. Mas, esta comunicación si no es viva, gratificante poco o nada se conseguiría. Si el aprendizaje es duro, también lo es la docencia. Todo docente tiene que aprender cotidianamente, ¡y pobre del que